

El cazarrecompensas

Camilo Bogoya

Escritor y profesor de la Universidad de Artois. Entre sus publicaciones se destacan la novela *Dédalo*, ganadora en los Premios Nacionales de Cultura, Universidad de Antioquia, y los libros de relatos *El soñador* y *Ética para infractores*, cbogoya@yahoo.com

Era una de las últimas tardes del siglo cuando Ximena Rojas entró en mi consultorio. Iba a cumplir treinta y nueve años y desde hacía unos meses sufría de una pérdida de la voz casi total. Llevaba una carpeta en la que se podía leer su historia en varios recortes y documentos oficiales. En pocas palabras, luego de doce años de vida marital, su esposo había sido asesinado a quemarropa, delante de ella, produciéndole una inhibición del habla.

Ximena desplegó sus hojas sobre mi escritorio. Parecía un juego. Me mostró el anuncio abollado en los bordes, amarillento y con letras cursivas en el que se hacía público su matrimonio, el 14 de abril de 1987. Me dejó ver el parte de defunción. La noticia inapelable contrastaba con la transparencia del folio, un papel más adecuado para liar un cigarrillo que para comunicar una muerte violenta. Me puso enfrente dos páginas de la revista *Semana*. Leí que el milenio iba a cerrar el capítulo más negro de la historia económica del país... “¡No!”, me dijo mi paciente con su voz sorda y señaló otra columna: cinco meses y seguía sin resolverse el caso de Julián Contreras, a pesar de los quinientos millones que las autoridades habían ofrecido a quienes ayudaran a esclarecer el crimen.

—Mucho dinero y poca justicia —afirmé, por decir algo.

Ante el silencio de Ximena, seguí leyendo. Julián provenía de una familia sin más esperanzas que el estudio. Su madre, una vendedora de postres, le había transmitido la obligación de ser un buen estudiante. Y fue el mejor. Había logrado llegar a ser abogado especializándose en derecho público, y más tarde había empezado una carrera ministerial asesorando a varias carteras. La breve nota agregaba que su inteligencia lo había conducido a una trayectoria fulgurante y que en el momento del crimen era uno de los asesores más cercanos del presidente, uno de los que había insistido para

que se prolongara la zona de despeje, ese puñado de tierra entregado a la guerrilla mientras se negociaba la paz, y que, según subrayaba la revista, era el equivalente de dos veces la superficie de El Salvador.

Ximena movió las hojas como un tahúr que dispersa los naipes buscando el joker. Las observó lentamente, quizá sorprendida de que en ellas estuvieran escritos los últimos trece años. Puso el dedo en su declaración a la Policía:

“Luego de comer oímos el timbre. Yo estaba esperando un paquete y abrí sin preguntar. Un hombre entró, encañonándome. Grité y salió Julián. El hombre disparó, cinco balas, frente a mí. Luego tiró la pistola y se fue corriendo por las escaleras. Pedí auxilio y me di cuenta de que no podía hablar. Una vecina, la del 304, escuchó los disparos. Fue la única que salió a ver qué pasaba. Me encontré en el suelo, medio inconsciente, y pensé que ambos estábamos muertos. Fue ella quien llamó a la Policía”.

Para no insistir más en los pormenores del crimen, le pregunté qué exámenes le habían hecho. Ximena sacó del bolso una pizarra de bolsillo y fue escribiendo palabras que completaba con los papeles que me iba mostrando. La evaluación neurológica no arrojaba ningún daño cerebral. Tampoco los pliegues vocales daban la impresión de estar afectados. Mis colegas descartaban una afasia. No tenía problemas digestivos. Ni cambios de peso. Ni disturbios hormonales que modificaran su forma de ser. Le pregunté si le daban dolores de cabeza o de vez en cuando sentía accesos de pánico o ansiedad.

—No —declaró maquinalmente.

Le dije que se instalara en la camilla. Palpé sus ganglios, verifiqué sus tímpanos, la rotación de las cervicales. No había signos que me orientaran hacia una disfunción motriz. Solo noté una derma-

titis nerviosa en la base del cuello y un pulso acelerado que no disminuyó a lo largo de la consulta.

Me quité el estetoscopio y le hice una pregunta cruel:

—¿Para qué quiere recuperar la voz?

“Para casarme”, escribió en la pizarra de bolsillo. Me reí y me fijé en las manos sin argollas y en el pelo sin canas, en su aspecto distinguido, convencida de su esplendor, señora aun en las situaciones más hostiles, dominando sin palabras cualquier adversidad. Ximena se bajó de la camilla para enseñarme algunos papeles y hacerme entender que era profesora de Historia en el colegio Abraham Lincoln. Le habían dado una licencia remunerada por seis meses y tenía hasta enero para recuperar el habla.

Yo no podía hacer milagros. Mi diagnóstico repetía el veredicto de mis colegas: trauma emocional, afonía, sesiones urgentes de fisioterapia. Ximena me mostró las facturas de lo que había pagado en psicólogos, homeópatas y ortofonistas.

“No han logrado hacerme hablar. Dicen que usted es el mejor”.

—Dudo que pueda hacer algo mejor de lo que han hecho mis colegas.

Me dijo que, si no podía hacer nada, al menos le diera un certificado para la junta directiva del colegio. Tal vez así le otorgarían unos meses más de licencia. Yo era un médico que trabajaba con la Policía y mi certificado tendría validez.

—¿Usted quiere curarse o no volver a trabajar? —dije, sin la menor conmiseración.

Ximena dejó ver sus dientes blancos y afilados, como una niña traviesa, y me dijo, sílaba a sílaba, que solo pensaba en curarse. Le pedí, entonces, que se pusiera de pie. Un tic contrajo los músculos de su cara. Íbamos a practicar un último examen. Yo me ubiqué detrás de ella, dividí en dos la mata de pelo hasta que pude ver sus vértebras torácicas delinearse en la camisa. Le dije que levantara los brazos, que los bajara, que cerrara los ojos y volviera a levantar los brazos, que los bajara otra vez, y en ese momento le enterré una aguja en la nuca. Oí su grito, claro y fuerte, el grito de dolor de alguien que puede emitir fonemas.

—Ahora sabemos que todo está en orden.

—Ahora sabemos cuál es su método —creo que dijo, mirándome con desdén, el rostro desfigurado por un súbito deseo de venganza.

Me llené de un miedo irracional. Pensé que ella tenía un revólver en la cartera y lo sacaría sin darme la oportunidad de festejar el fin del milenio.

—Discúlpeme. A veces las personas que han sufrido traumas quedan como anestesiadas y eso puede durar mucho. Una vez tuve un paciente que no sentía los pies. Era el padre de una niña a la que los paramilitares le habían cortado las piernas. Un caso más avanzado que el suyo. Pero volvamos a lo nuestro.

Le devolví sus papeles y le cobré la consulta. Observé más de lo debido el pliegue de los surcos nasolabiales que envejecían ese rostro lleno de lozanía.

—Le propongo que nos veamos pasado mañana. Voy a preparar su certificado, y, sobre todo, a pensar en una solución.

Ximena pagó en efectivo. Se fue, dándome las gracias por seguir adelante. Me escribió en la pizarra que una mujer de su edad estaba a tiempo de rehacer su vida. “Cuento con usted, doctor”.

Atendí a un paciente más y quedé libre. A las tres de la tarde la ciudad estaba desierta, adormecida por el fin de año. A pesar de mi conciencia profesional, había observado a Ximena Rojas con un excesivo detenimiento: su pulso desbocado, la respiración de sus pechos contenidos por el brasier de varilla. Me di cuenta, con repugnancia, de que era estimulante hablar con una muda, aunque detrás de nosotros el país se estuviera derrumbando. Negué esa atmósfera momentánea en la que me había envuelto Ximena y volví a mi anhelo de hacerme con la recompensa todavía vigente: quinientos millones por esclarecer el caso de un muerto.

Fui hasta la Biblioteca Luis Ángel Arango. En la sección de periódicos ubiqué los diarios del 28, 29 y 30 de julio. El nombre del asesor del presidente, Julián Contreras, figuraba en la crónica roja y en los obituarios del *Espectador*. Leí de nuevo la declaración de Ximena a la Policía que se encontraba en uno de los diarios. La secuencia seguía siendo inverosímil. Un hombre timbra, encañona a una mujer, dispara cinco veces, bota el arma y se va. Incluso le queda tiempo de salir a la calle y perderse en el barrio sin que nadie lo vea. Un



Juan Manuel Echavarría con colaboración de Fernando Grisalez, serie Silencios, 2010-2023,
"Lo bonito es estar vivo", Mampuján, Bolívar, 2010

escenario demasiado simple. Ningún redactor se preguntaba por qué el asesino tiró el arma en el lugar de los hechos. ¿Qué cambia si la Policía tiene el arma, en vez del asesino? En otro diario leí un perfil de Contreras: el abogado no solo era conocido por su inteligencia ministerial, sino por haber ayudado a varios guerrilleros a irse al exilio, asesoría que en las demás necrológicas había sido escamoteada. El 30 de julio, sin excepción, los diarios notificaban el valor de la recompensa. Un número de teléfono aparecía al lado de la cifra de los quinientos millones, una nota aseguraba que se mantendría en absoluto secreto el nombre de quien llevara a la detención de los asesinos. ¿Eran varios?

Aproveché para leer un artículo sobre la afonía en los docentes. Afirmaba el articulista que se trataba de una enfermedad en expansión en todos los países. Además de la depresión y las alergias, era una de las primeras causas de consulta. Un maestro perdía la voz como un creyente la fe, como una muchacha el gusto por los postres.

Salté la mitad del artículo y me detuve en el último párrafo. El silencio de los maestros era el síntoma de una vivencia más profunda. Lo no dicho les crispaba las cuerdas vocales. Intentaban recuperar la voz con todo tipo de remedios hasta que un día terminaban en la consulta de un psiquiatra. ¿Qué no me decía Ximena?

Salí de la Luis Ángel Arango con la impresión ambigua de entender el caso de mi paciente. Un cielo morado se confundía con los techos de las casas coloniales del sector.

Volví a mi apartamento en Quinta Paredes. Llamé a un amigo que me debía algunos favores. Yo lo había curado de un trastorno de ansiedad, lo había sacado de una cárcel de pueblo gracias a un diagnóstico de psicosis. Era un teniente que trabajaba en el servicio de criminología del CTI, en el área de archivos. Le encomendé el expediente del caso Contreras. Unas horas más tarde, me lo envió por correo electrónico. No aprendí nada nuevo, aunque en el interrogatorio figuraba el retrato del presunto asesino de Julián, hecho por Ximena. “La señora Rojas no puede hablar, pero escribe. Le repetimos las mismas preguntas y esto es lo que afirma: el asesino es más alto que ella, tiene el pelo crespo hasta los hombros. La llantita alrededor de la cintura le rebasa los pantalones. Dijo que era un hombre perturbado, aunque no le vio la cara”. En la última línea, una sentencia me era familiar: “Declaración dada bajo estado de

choque”. Supe que Ximena ya había tenido otros episodios de afonía, uno de ellos en la infancia, a los cinco años, y otro a los veinte, luego de haber perdido a su madre.

Me tomé un *whisky*. Pensé en la historia que había inventado sobre la niña a la que los paras le cortan las piernas. Una historia completamente verosímil que no le causó a mi paciente ningún horror. Pensé en mi vida, en la soledad de las fiestas, en el milenio que se acababa, pensé en la deuda del apartamento y el carro, y en el año de 1861, cuando Broca, en un hospital de París, descubrió que la afasia era la consecuencia de un problema causado en la región frontal del hemisferio izquierdo.

Me tomé un segundo *whisky* y me acosté, diciéndome que a la mañana siguiente iría al campo de tiro para no perder el pulso. Cuando amaneció, cambié ligeramente de idea. Me levanté y fui a desayunar a la calle 42, en compañía de los taxistas que terminaban la jornada. Escuché su diagnóstico de los últimos días del 99. “Lo peor del año fue que hubo 402 masacres”, dijo uno de ellos, el rostro marcado por un sarpullido. “Fue lo peor” dijo otro, mucho más joven. “Si no me voy del pueblo me hubieran tostado”. En mi consulta había recibido a algunas víctimas de estos sucesos. Poco a poco me estaba especializando en situaciones postraumáticas. Llegaron otros taxistas y coincidieron en lo mismo: había sido el año del asesinato de Jaime Garzón, del crecimiento negativo, de la penuria de petróleo y de las 402 masacres. Ninguno hablaba de las recompensas que seguían aguardando en la marmita del gobierno.

A las nueve, me encaminé hacia el edificio de Ximena, subí al tercer piso, golpeé en la puerta de la vecina del 304.

—Discúlpeme si la molesto. Permítame presentarme. Soy periodista y estoy haciendo un reportaje sobre todo lo que no hizo el gobierno en el 99, y por eso quisiera que habláramos del difunto Julián Contreras. No más de diez minutos, mi señora. ¿El gato es suyo? Es un bengalí. De niño yo quería ser veterinario, sabía usted que los bengalíes...

Al medio día me dirigí rumbo al campo de tiro en las cercanías de Nemocón. La Autopista Norte estaba sin tráfico. En mi memoria intenté resumir lo que me había dicho la vecina de Ximena Rojas: “Cuando la vi tirada sobre el doctor Contreras,

me quedé pasmada. Me dijo tres o cuatro veces, *lo mataron*, y se lanzó en una sarta de maldiciones. Un diccionario de insultos. Luego me pidió que llamara a la Policía. Unos agentes aterrizaron como una hora después. Un verdadero suplicio para el cuerpo que se vació de su sangre”. El testimonio contradecía el de Ximena. Pero lo que más me sorprendió en la vecina del 304, fue la insistencia que puso al confesarme las peleas entre un marido que llegaba a la medianoche y una mujer que corría gritando por todo el apartamento. “Era como un juego, porque después lo que se oía eran los *ahah* de la señora, el golpe de la cama contra la pared. Yo tenía que prender la televisión para no oírlos. El único que parecía en paz era el gato. Y ese jueguito lo hacían dos o tres veces por semana”.

El cuadro clínico estaba ahora más completo. Mientras conducía, puse en orden las fichas del rompecabezas. La ciudad quedaba atrás. La carretera bordeaba los campos fríos de la sabana. Vi los puestos de fresas con crema y las banderas rojas anunciando los restaurantes de carne. Decidí comer después del entrenamiento.

Al llegar al campo de tiro, mis gestos eran mecánicos. Ya no pensaba en Ximena Rojas. Levanté el rifle de aire y me concentré en su peso, en la altura de los brazos que fijan el objetivo, en el cuerpo entero a punto de disparar. Imaginé los muros de mi apartamento, allí exhibiría una docena de miras telescópicas y de blancos perforados que aterrarían a los visitantes. Luego de ver mis trofeos, me dirían, para reprenderme, que cada día hay en Bogotá ocho asesinatos y que los verdugos pasan impenitentes por los campos de tiro. Inútil explicarles que era mi manera de perfeccionar el pulso. Cuando fui a disparar, una pañoleta azul me distrajo de mis enrevesadas ensoñaciones. Una mujer, a dos metros, las manos sin argollas y el pelo sin canas, convencida de su esplendor, se puso de pie y abandonó el terreno, dejando una estela de olor a nuez. Media hora más tarde, también me fui.

En la noche, luego de leer una y otra vez las disposiciones del banco para el año siguiente, escribí gran parte de estas notas sobre el caso de Ximena. Esboqué algunas conclusiones. Fumé y escuché las noticias. Hablaban del virus del milenio que empezaría a medianoche. El fin del siglo era inminente. ¿Qué había pasado en la historia durante estos años? Ximena debía enseñar en el colegio parte de la respuesta. Un siglo que va de la Guerra de

los Mil Días al Plan Colombia, de los machetes y las carabinas Winchester a los fusiles M-16.

Al acostarme, volví a pensar en Broca, hurgando el cerebro en busca de la región mórbida que impedía hablar a los pacientes. Me quedé dormido sin haberme puesto la pijama. Soñé con un tablero de damas chinas.

Al amanecer me corté las uñas, me afeité y me bañé el pelo con champú y acondicionador. A las nueve llegué al consultorio. A las dos de la tarde, una mujer muda e irritable, con una pestañina que le afilaba los ojos, vestida con una pañoleta azul se sentó frente a mí. Olía a nuez.

“Vengo por el certificado”, anotó en la pizarra.

Le pedí que habláramos antes. Había muchas cosas que me sorprendían. Su rostro huraño me interpeló. De nuevo vi una dermatitis nerviosa en la base del cuello, cubierta casi totalmente por la pañoleta. Esperé unos segundos hasta que ya no pude sostener su mirada. Le dije con brutalidad:

—Es muy raro que nadie haya resuelto el crimen, sobre todo con semejante recompensa.

Mi paciente no dio signos de asombro.

—Hay algo que me intriga desde el principio. A don Julián lo matan en su apartamento. Lo extraño es que solo un diez por ciento de los homicidios ocurren en la casa.

Ximena me respondió con otra estadística:

“Por cada mujer fallecen once hombres”.

¿Cómo lo sabía? Ximena me leyó el pensamiento:

“Lo sé porque me lo dijo un teniente”.

—No hablemos más del crimen, aunque es muy insólito que un asesino deje el arma, eso sucede en las películas, por el ejemplo en *El padrino*, cuando Michael Corleone mata en un restaurante a un policía corrupto y a un gánster y suelta el revólver antes de salir.

Me dijo que había leído el libro, aunque lo había olvidado.

—Es muy bueno. Mario Puzo tiene un olfato muy fino para los dramas. ¿Cuál es el suyo? Tal vez el tiempo que debe esperar antes de que tramiten la pensión por viudez. El presidente debió recibirla en su despacho y prometerle que haría todo para resolver el asesinato de Julián y darle a usted una

pensión con el dinero de la recompensa, ya que nadie se había manifestado.

Respiré ruidosamente y agregué:

—Ambos sabemos lo que pasa con las promesas del gobierno.

Me di cuenta de que había sido demasiado crudo. Ximena movía un pie, haciendo rechinar el sillón. Cambié de tema.

—He estado revisando su historia. Quería hablarle de un caso semejante que tal vez nos ayude. Usted y yo sabemos que puede hablar y el problema es que algo bloquea las cuerdas vocales. Hubo una mujer que tenía la misma sintomatología.

De repente Ximena dejó de mirar los libros que adornaban la pared detrás de mí, la pequeña biblioteca de compendios encastrados, y me observó fijamente.

—Se trata de la historia de una mujer, hace mucho, a finales del siglo XIX. Alguien que habla de manera coherente y da muestras de una inteligencia y un sentido del tacto nada comunes. Pero a los 24 años se casa con un hombre adinerado que de improviso muere de un ataque al corazón. Desde entonces, la joven viuda empieza a enfermarse y a tener reiteradas pérdidas del habla, escalofríos y dolores, a mostrar una constante agitación, a tartamudear. Pasan los años y todos los tratamientos son infructuosos, incluso los baños eléctricos. La salud general de la paciente empeora. La causa de su malestar, cree ella, es la muerte de su marido que, a pesar del tiempo, no logra digerir.

Ximena dejó de mover los pulgares y en la frente se notó el esfuerzo por no contraer el rostro.

“¿Y de qué manera la curan?”, escribió en la pizarra.

Observé la línea de las cejas, depiladas con esmero, el brillo del colorete.

—La llevan a un estado de sonambulismo, a través de la hipnosis. Una práctica de moda en aquellos años.

—¿Hipnosis? —dijo con su voz inaudible.

—Sugestión hipnótica. El médico le da órdenes a la paciente, controla sus síntomas, calma el dolor. A su vez, la enferma le cuenta su vida, los episodios en los que dejó de hablar. Poco a poco una

superficie emerge. La hipnosis logra borrar el carácter perturbador de esos recuerdos.

Ximena me miró; tuve que seguir hablando para huir de sus ojos llenos de amenaza.

—Pero hay un recuerdo que la hipnosis no logra disipar. Unos meses después, la familia del difunto acusa a la mujer de haberlo envenenado. Ella debe iniciar una investigación judicial que pruebe su inocencia. El litigio coincide con el aumento de su mudez.

“¿Y cómo termina todo?”, escribió Ximena en la pizarra, con letras irregulares en las que adiviné su temor.

—El juez la declara inocente luego de un año de audiencias. El único en entender la verdad es el médico. La mujer ha perdido la voz para protegerse. No tiene derecho a hablar porque su sentido de la justicia le dice que ha cometido un crimen y debe confesarlo. Y nunca lo confiesa.

Mi paciente dio un suspiro y tras unos segundos oí la saliva que pasaba por la garganta.

—El problema no es solo haber envenenado al marido. La mujer no vuelve a casarse y tiene que reprimir su apetito sexual. Recordemos que estamos en la última década del siglo XIX. La represión la conduce a la histeria.

Crucé los dedos y me incliné sobre el escritorio para estar más cerca de mi paciente y que mis palabras le llegaran con mayor persuasión. Sin embargo, fue ella quien dijo, afónica:

—No soy una histérica.

No seguí hablando de esa mujer sometida a sesiones de hipnosis. Me incliné hacia atrás, me balanceé en mi silla como para olvidar todo lo dicho. Volví a examinar los papeles que tenía sobre el escritorio. Mi vista se concentró en el esmalte que relumbraba en sus uñas. Afirmé, con la voz de reproche de un juez, aunque en el fondo quería simular el tono de un detective:

—En su declaración dice que estaba esperando un paquete. Supongo que ese paquete nunca llegó.

Ximena se detuvo en un punto que no estaba en la pieza, un lugar en otro espacio, fuera de la sala de interrogatorio en la que se había convertido mi consulta. Encadené, sin darle tiempo de asimilar mis palabras:

—Julián era un blanco fácil. Mucha gente no está de acuerdo con la zona de despeje. Es como entregarle una parte del país a la guerrilla. Y el desacuerdo lo expresa cualquiera con cinco balas.

Ximena se levantó. Pensé que iba a huir de mi diagnóstico, que iba a salir para jamás volver, dejando mis conclusiones sin otro consuelo que el haber rozado la verdad. Por eso me apresuré a decirle:

—Ayer la vi a usted en el campo de tiro. Sé que estoy conversando con una asesina.

Los ojos de mi paciente se llenaron de lágrimas. De pie, se quedó inmóvil durante algunos segundos. Delante de mí y sin pudor, se desabotonó la camisa. El brasier quedó al descubierto. Me dio la espalda y la tela turquesa rodó por los brazos. Un gemido se oyó, la nariz que sorbía los mocos. Vi la piel cruzada de cicatrices, angostas y asimétricas, la huella de una quemadura ovalada con los bordes hiperpigmentados, la señal de los cardenales. Volvió a vestirse, a darse la vuelta y a mirarme. Extendió las muñecas para que viera las líneas. Luego bajó la mirada y se sentó de nuevo.

—Doce años —dijo con su voz inaudible—, doce años —repitió.

“Me decía que si hablaba iba a cortarme la lengua”, escribió en la pizarra. “Me decía que el amor lo volvía loco. El amor y los celos. Yo no podía mirar ni a los sacerdotes. Hubiera sido capaz de sacarme los ojos para que no mirara a nadie”.

Asentí con un gesto de comprensión. Algunas de las marcas en su espalda eran demasiado recientes. No quise contrariar su relato que iba escribiendo y borrando en la superficie de la pizarra.

“Le gustaba oírme gritar. Yo lo quería. Intentaba entenderlo. Había sufrido mucho. Estudió abogacía porque su padre, que era mecánico, en una rabieta lo amarró para sacarle cuatro dientes. Al principio acepté sus violencias. Algunas me gustaban. Luego empeoró su trato. Me decía que una mujer estéril debía ser apaleada como las burras. Dos veces me preñó. La primera, tuve un aborto a las diez semanas”.

—¿Y la otra?

Mi paciente escribió por partes, como dudando en hacerme leer una frase completa.

“Fue un embarazo psicológico”.

Su letra se había vuelto casi ilegible, trazos que semejaban tachaduras y no la grafía rápida que había mantenido al comienzo. Le rogué que continuara.

“Lo peor fue cuando se volvió asesor del presidente. Llegaba a medianoche, oliendo a trago. Enfurecido me tiraba del pelo llamándome guerrillera. El país iba al garete y su violencia iba en aumento. Que lo mataran fue una bendición. Fue un ángel, no fui yo, un ángel empuñó el arma”.

Nos quedamos en silencio. Un rayo de luz atravesaba la fina cortina del consultorio. Abrí la gaveta y saqué una hoja para hacer el certificado de incapacidad dirigido al colegio Abraham Lincoln.

Ximena abrió un monedero para pagar mis honorarios. Me preguntó si iba a curarse. Le aseguré que sí, pensando en su espalda desnuda y en las señales demasiado recientes y vivas de los hematomas.

Le dije que volviera en unos días, cuando el nuevo milenio empezara. Iba a ser mi primer caso del año.

—El 5 de enero —dije.

—¿Y cuál es el tratamiento? —murmuró sin convicción.

—El mismo de hace un siglo. Sentarnos a conversar. En algún momento la verdad saldrá a flote. Hoy la hemos rozado.

Al irse me lanzó una mirada páfida, como diciendo que no volvería, y cerró la puerta sin hacer ruido, queriendo salir para siempre del consultorio. Me puse de pie, dirigiéndome a la biblioteca con la misma premura de un felino que caza. Entre el vademécum y algunos tomos de enfermedades tropicales, había puesto una cámara de lente gran angular. Verifiqué la grabación, la nitidez y el recorte de los planos, la potencia del sonido. Un ingeniero podría agrandar las imágenes para que se viera claramente la escritura de la pizarra.

Esperé a que llegara la noche y fui con una lata de conservas a visitar a la vecina del 304. En el edificio, detrás de las ventanas iluminadas con las luces de navidad, se veían las siluetas de Ximena Rojas y de un hombre, más alto que ella, con el pelo crespo hasta los hombros, la camisa ancha que no ocultaba, sin embargo, la llantita alrededor de la cintura. Bailaban un lento bolero. El hombre la apretaba con una sola mano, se acaballaba

sobre el dorso de Ximena, y con la mano libre le tiraba las puntas del pelo en una maniobra digna de un acróbata. El cuerpo delgado de mi paciente parecía absorbido por la masa del hombre que la estrujaba sin esfuerzo. Los dos se reían. Tomé una foto.

Ahora podía subir y desearle un feliz año a la vecina del 304, acariciar al bengalí, dejarle su lata de paté. Luego iba a poner la denuncia. Qué importaba el secreto médico. Qué importaban los ojos de Ximena, su nuca, sus labios, el calor de su voz apagada. Tenía la grabación, la foto de una pareja bailando y no me quedaba más que ir a testificar. Un caso al menos justificaría mi doble oficio de médico y de cazarrecompensas. No sabía si en la demencia del fin del milenio, iban a crearme. 

